

[Discurso ante la reunión conjunta del Comité Central del Partido Bolchevique, Comité Ejecutivo Central de los Sóviets, Ejecutivo Central de los Sindicatos, Sóviet de Petrogrado y Municipalidad de Petrogrado]

**León Trotsky
8/21 de diciembre de 1917**

(Versión al castellano desde *Trotsky*, Pierre Broué, Fayard, París, 1988 páginas 216-218. Broué no reproduce el discurso completo, por ello marcamos entre corchetes los saltos que él produce en la cita, reproduciendo en cursivas el texto de Broué. Título nuestro)

Hace ahora cuatro años que la humanidad trata de escapar del círculo vicioso de la masacre sin fin. La guerra ha mostrado los grandes hechos que los hombres pueden realizar, los terribles sufrimientos que pueden soportar, pero también ha mostrado toda la barbarie que todavía se mantiene hoy en día dentro del hombre. Jamás el progreso técnico ha alcanzado tales alturas como hoy en día: los hombres pueden conquistar el espacio mediante la radiotelegrafía, pueden volar por los cielos con aviones, sin miedo a los elementos, sin embargo, en la tierra, con el barro hasta las rodillas, otros hombres escrutan con sus prismáticos bajo la vigilante mirada de las clases dirigentes y llevan a cabo su terrible y repugnante trabajo. El hombre, dueño de la naturaleza, en su matadero, espía con sus prismáticos a otro ser humano y busca hacer de él su presa. He ahí hasta dónde ha caído el hombre en esta guerra; muy bajo. Uno no puede dejar de sentir vergüenza por la humanidad que ha progresado a través de tantas etapas de desarrollo cultural (cristianismo, absolutismo, democracia parlamentaria) y que ha alumbrado la idea del socialismo y, sin embargo, se ha dejado reducir a la esclavitud y se mata mutuamente siguiendo órdenes. Si esta guerra tuviese que acabar con la victoria del imperialismo, si los hombres tienen que volver a sus cuchitriles para vivir en ellos gracias a las migajas caídas de la mesa de las clases poseedoras, entonces la humanidad no será digna de todos los esfuerzos intelectuales que ha realizado durante millares de años. Pero eso no pasará, no puede pasar.

En la Conferencia de Zimmerwald, nosotros, los internacionalistas, no éramos más que un pequeño grupo de una treintena, acosados sin piedad por los chovinistas de todos los países. Parecía que éramos los últimos restos de un gran capítulo y que todo el movimiento socialista iba a quedar ahogado en ese baño de sangre nacionalista. Pero recibimos una carta de Karl Liebknecht, al que habían encerrado en una prisión los tiranos alemanes, que nos decía que no debíamos dejarnos impresionar por el hecho que fuésemos tan poco numerosos; que estaba seguro de que no habíamos trabajado en vano; que, si bien los individuos podían ser fácilmente barridos, sin embargo no podía destruirse la fe del pueblo en el socialismo revolucionario. No nos engañaba diciéndonos esto pues cada día que pasa acerca lo que él espera. Os invito a uniros a mí proclamando: ¡Viva nuestro amigo Karl Liebknecht, valiente combatiente del socialismo!”

[Después abordó la cuestión de la paz bajo el ángulo del ritmo de la revolución europea, comenzada antes que las otras en la Rusia “joven, inculta y atrasada en la que pesaba de la forma más opresiva la arbitrariedad zarista”. Y proseguía:]

Los motivos que han llevado a nuestro pueblo a entrar en la lucha existen en todos los países, independientemente del temperamento nacional, y, tarde o temprano,

esas causas producirán los mismos efectos. El hecho que durante la guerra nosotros hayamos derrocado al zar y a la burguesía, que, en un país de 180 millones de habitantes, el poder lo hayan tomado aquellos a los que hasta hace poco se despreciaba como a una pequeña banda; este hecho es de una significación histórica mundial y los obreros de todos los países lo recordarán siempre. El pueblo ruso, que se ha rebelado en el país que anteriormente pertenecía al gendarme de Europa (como se llama en otros tiempos respetuosamente a Nicolás), declara que con sus hermanos de armas de Alemania, Austria, Turquía y otros, quiere hablar no el lenguaje de los cañones sino el de la solidaridad internacional de los trabajadores. Le ha anunciado en voz alta al mundo entero que no necesita conquistas, que no busca apropiarse de las posesiones de nadie, sino que busca solamente la fraternidad entre los pueblos y la emancipación del trabajo. Nadie puede arrancar esto del espíritu de quienes gimen bajo el terrible fardo de la guerra, y, tarde o temprano, esas masas se nos unirán, nos tenderán sus manos en ayuda. E incluso suponiendo que nos venzan los enemigos del pueblo, que perezcamos, que seamos pisoteados y reducidos a polvo, el recuerdo de nuestra existencia se conservará y pasará, a pesar de todo, de generación en generación y empujará a nuestros hijos a continuar el combate.

[Reconocía sin problemas que le gustaría más negociar con Rosa Luxemburg y Liebknecht que no con el general Hoffman y el conde Czernin, pero la revolución todavía no había llegado a Alemania y nadie les podía reprochar a los bolcheviques que negociasen con Guillermo II, su enemigo: “El armisticio ha provocado una brecha en la guerra”, pero “mientras que la voz de la clase obrera alemana no se haga escuchar, la paz es imposible”:]

Cada vez estamos más convencidos de que las negociaciones de paz serán una potente arma en manos de los pueblos en su lucha por la paz [...] Si nos equivocamos, si Europa continua silenciosa como una tumba, y si ese silencio le da a Guillermo la posibilidad de atacarnos y dictarnos condiciones que insulten la dignidad revolucionaria de nuestro país, estando dado el estado de nuestra economía y el caos general que resulta de la guerra y de los conflictos internos, no estoy seguro de que podamos combatir, pero pienso que deberíamos hacerlo. Por nuestras vidas, por nuestro honor revolucionario, combatiremos hasta la última gota de nuestra sangre.

[Dirigiéndose a las potencias extranjeras, les pide que entiendan que el pueblo no ha hecho la revolución y derrocado al zar y a la burguesía para capitular enseguida ante los militaristas extranjeros. Respondiendo a las acusaciones lanzadas en occidente contra el nuevo régimen acusado de traición por haber entrado en negociaciones “separadas”:]

Como es sabido, la delegación rusa ha insistido mucho en que Alemania no transfiera soldados del frente ruso al frente occidental. El general Hoffmann ha protestado mucho y ha tratado con todas sus fuerzas de rechazar este punto, pero nos hemos mantenido en nuestras posiciones y en el presente no se han transferido tropas [...] Tampoco hemos cedido cuando los alemanes nos han exigido que cesáramos de hacer propaganda entre sus tropas. Hemos respondido que hemos ido a Brest para hablarles a los generales alemanes de cesar las operaciones militares, pero no la propaganda revolucionaria. Nuestras verdaderas negociaciones se hacen con los campesinos y obreros alemanes que viste el uniforme.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es